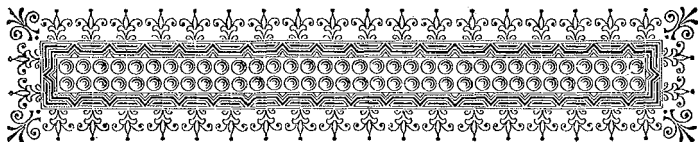


J. SANTOS ZELAYA.



~~~~~  
**QUITO.-1897.**  
~~~~~



OBJETO



El señor General Eloy Alfaro dirigió á la Convención Nacional un Mensaje, con fecha 22 de Febrero de este año, que dice así:

«Señores Diputados.

«En Enero de 1895, hallándome proscrito, la «Asamblea Constituyente de la República de Nicaragua, me hizo el alto honor de nombrarme General del Ejército, como vereis por los documentos «auténticos que os acompaño.

«Distingúfase con esta señalada honra no tanto «á mi humilde personalidad, como á la causa política á la cual había consagrado mis esfuerzos.

«Acepté la deferencia pero me abstuve de admitir el nombramiento mientras no obtuviera el permiso necesario del Cuerpo Legislativo de mi Patria.

IV.

«Solicito, por tanto, de la H. Asamblea me lo otorgue, si lo tiene á bien, para corresponder así á la distinción eminente de los Representantes del Pueblo de Nicaragua.

«Señores Diputados.

ELOY ALFARO.»

Al considerar la Cámara este documento, el Honorable Diputado Manuel A. Franco propuso que se le concediera al Presidente de Nicaragua el grado de General de la República del Ecuador.

El debate se embrolló con vanalidades de orden constitucional.

Ahora se le da otra forma á la distinción que quiere hacérsele al señor General Zelaya.

Véase el Decreto aprobado en tres debates por la Asamblea:

LA CONVENCION NACIONAL

« DECRETA:

«Artículo único. Como testimonio de amistad y correspondencia con el pueblo y Gobierno de la República de Nicaragua; en atención á los méritos personales del señor D. J. Santos Zelaya, y á sus servicios prestados á la Democracia y á la Liber-

«tad, la Convención Nacional del Ecuador lo declara Ciudadano benemérito de la República.

«Dado, etc.»

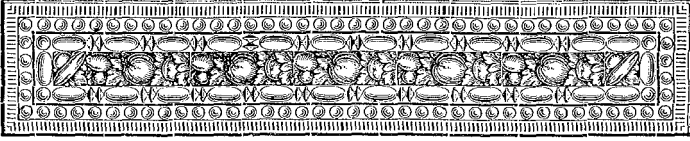
Fué presentado por los Diputados Enrique Morales A., Gumersindo Yépez, César Cordero, Luciano Coral, S. A. Larriva, C. Monje, Felicísimo López, G. Villacís. A. Bayas, Juan Ruiz, Rafael Ontaneda, Manuel A. Franco, Elías Troncoso, L. Aguilar, Roberto Andrade, Manuel Paladines, Antonio Cevallos, Gonzalo S. Córdova, Wenceslao Ugarte, B. A. Rosales, J. L. Intriago, Mario Oña, Alberto Reina y S. Váscones.

He creído del caso escribir estas líneas en testimonio de simpatía por el Jefe radical de Nicaragua y para que se conozca, aunque de un modo deficiente, la vida pública de ese ciudadano.

La improvisación no se compadece con los trabajos históricos; pero en estas páginas he procurado ser fiel á mis recuerdos.

El fin que me propongo suple las faltas de una composición apresurada y defectuosa sin duda.

J. de D. U.



J. SANTOS ZELAYA.



I

Cuando en 1893 nos fugamos Deudoro Aponte y yo, de la isla de San Andrés de Providencia, en donde nos tenía confinados á perpetuidad el insano estafermo de Núñez, nos encontramos en alta mar perplejos sin saber á dónde íbamos con nuestra facha de contrabandistas y sin que el barco tuviera papeles que acreditaran su procedencia. Si dábamos en una costa de los amigos del Gobierno de Bogotá, era seguro que nos pusieran en manos de los clericales de Colombia, y que, juzgados por contumacia, nos colgaran de la horca según su costumbre, como antes habían resuelto que muriéramos bajo las palmeras de la más ponzoñosa de las islas que tiene el Atlántico.

Después de repasar nuestros conocimientos de Geografía Política, tirados bajo los rayos del sol, sobre las tablas de la goleta, resolvimos, de común acuerdo, dirigirnos á Nicaragua, llegar á Bluefields, luego á Greytown, remontar el río San Juan y establecernos provisionalmente en Managua, capital de la República.

Por desgracia, cuando llegamos á las Costas de la Mosquitia, nos tuvimos que contentar con la contemplación de los soberbios paisajes de la ribera, pues ardía la guerra civil en el país y era de todo punto imposible realizar nuestros planes de resucitados.

Fué más tarde, en Enero de 1894, cuando me tocó ir á Nicaragua en compañía del General Eloy Alfaro, á quien el Gobierno deseaba tener cerca, para aprovechar de sus consejos y su experiencia, en el grave conflicto con el Dictador Vázquez, de Honduras.

Me había hecho la honra Alfaro de invitarme á acompañarlo, y llegamos juntos al puerto de Corinto, que está en un brazo de mar delicioso, estrechado en senos apacibles, entre orillas de un verde esmeralda purísimo.

Como Alfaro había residido en Nicaragua, la multitud lo reconoció sobre cubierta, y fué recibido por el Ejército y el pueblo con vítores y músicas guerreras.

Para un proscrito estos homenajes en tierra extranjera, tocan tan de lleno al corazón, que puede pa-

sar el tiempo con todas sus olas de olvido y ellos permanecen en la memoria con el calor de las últimas impresiones.

Yo gozaba con los triunfos de mi ilustre amigo, pensando, con una satisfacción de venganza, que estas devociones al desterrado y al perseguido iban á turbar la tranquilidad de los tiranos y á demostrarles que el vasallaje y la fuerza bruta claudican en los límites de sus pueblos esclavos.

Por un momento me creí en Colombia, en los tiempos del partido liberal, porque á mí también se me recibía, en mi calidad de escritor revolucionario, con las mayores muestras de efusión y de aprecio.

De Corinto á Managua viajó Alfaro en una desfilada triunfal: la multitud invadía las estaciones del ferrocarril para saludarlo; las Comisiones del Gobierno le ofrecían toda clase de comodidades; en la histórica ciudad de León se agolpó el pueblo á las puertas del hotel para aclamar al recién venido, y en el Lago de Managua un vapor expreso abordó al nuestro para conducir oficialmente al viajero.

El encanto de esa naturaleza llena de sorpresas y de ese recibimiento tan cordial, nos dispuso el ánimo para la plática sabrosa, los recuerdos agradables y los planes sonrientes del porvenir.

Al llegar á Managua, fuimos en el coche del Presidente de la República al Palacio de Gobierno.

Allá conocí á Santos Zelaya.

III

La cultura de sus modales y la fluidez de su conversación, limitada al principio á la venida del General Alfaro, me cautivaron desde el primer momento.

No teníamos en frente un Gobernante capcioso y abreviado en palabras, sino un caballero amable, un camarada de ideas que sentía mucho gusto en recibirnos en su casa.

Generalizada la conversación, comprendí el tino del Presidente para tratar las cuestiones de la política y de la guerra, y me encantó, sobre todo, la firmeza de sus convicciones y la seguridad con que respondía, en tan graves circunstancias, del triunfo y prosperidad del radicalismo que acababa de emprender su camino después de la revolución de Julio.

Sabía yo de los sucesos recientes de Nicaragua por José Dolores Gámez, distinguido propagandista y hombre público, Ministro entonces de Zelaya, con quien había cultivado amistad en Costa Rica, siendo él Plenipotenciario de su país; de suerte que podía apreciar en su justo valor las observaciones de Zelaya.

Se explayó á propósito de la guerra de Honduras, ya declarada, con tal espíritu cosmopolita que se creería uno en los mejores tiempos garibaldinos, y luego, viendo en su entusiasmo asegurada la victoria, discurrió sobre la unión de Centro América, con una visión tan clara de sus ventajas, como si hubiera re-

cibido las confidencias de Francisco Morazán y de Máximo Jerez.

Mi pesimismo por los gobiernos y los gobernantes es invencible; sin embargo, salí muy satisfecho de encontrar un Magistrado que no se pusiera máscara para presentarse al público, ni escondiera sus ideas como si fueran adquiridas por medio del hurto.

Esa noche se organizó una gran manifestación popular en obsequio del General Alfaro, que fué á terminar en Palacio, y allí mi amigo Juan Coronel pronunció un magnífico discurso, salpimentado con "la santa demagogia", y otros particulares de motín: Zelaya recibió las palabras del orador socialista con muestras significativas de asentimiento, como familiarizado con todos los atrevimientos de la democracia.

Es de regular estatura, derecho, macizo, moreno, frente alta, mirada intensa, voz lenta; soldado y cortesano, por la franqueza en el trato de los hombres y la cultura en los salones al lado de las damas.

Pude conocer su vida en un año de permanencia en aquella República; pero bastan, para mi objeto, unos ligeros apuntes.

III

Santos Zelaya tiene sangre de revolucionario en las venas, de la que no corre tranquila en la servidumbre y se vierte con gusto por la causa del pueblo.

Su padre, José María Zelaya, fué conmlitón de Máximo Jerez, el tribuno soldado, que enseñó por la punta de la espada el Credo liberal cuando los enemigos cerraron los oídos á su ardiente palabra.

Con el excelso Caudillo hizo el Coronel Zelaya la campaña de 1854, contra Frutos Chamorro, Jefe de los conservadores, personaje rígido, testarudo y voluntarioso, que ponía su autoridad sobre todas las cosas y se servía de la vara de la justicia como de un garrote. Esta especie de alabardero del Rey, áspero como un cardo, poseía genealidades de tirano y valor personal por añadidura. Fué él quien dijo en un Mensaje al Congreso, con la mayor arrogancia, *que haría el bien á los pueblos tal como lo entendiera, y que prevendría los males antes que remediarlos*; con lo cual se dió una pauta extraña para obrar discrecionalmente sobre la vida y la libertad de sus compatriotas sin distinción de sexos.

La madre de Santos Zelaya, que aun vive, es Doña Juana López, anciana venerable, de esas mujeres de Nicaragua que forman á sus hijos en el hogar para las luchas de la vida, con dulzura y entereza al mismo tiempo.

A ella le ha tocado ver encumbrarse á su primogénito, sin notar el vacío que deja la fama en los afectos, pues su hijo fué más suyo, por el amor filial, á medida que los acontecimientos lo engrandecieron en el concepto público.

Sus padres lo enviaron á Europa y allí permaneció algún tiempo consagrado al estudio, hasta per-

feccionarse en el uso de algunas lenguas y adquirir otros conocimientos generales.

Regresó al país por el fallecimiento de su padre, y empezó su carrera pública como Alcalde primero de la ciudad de Managua, para lo cual fué electo.

IV

Llamó sobre sí las miradas de sus conterráneos por un acto de arrojo y audacia que fué el principio de su fortuna.

Ácosaban los conservadores á los liberales, sin dejarles respiro, por el tiempo de unas elecciones locales en la ciudad de Managua; el Gobierno se prevenía para alejar á los opositores de los comicios, y todo presagiaba que se libraría una batalla al rededor de las urnas.

Zelaya y sus amigos aceptaron la lucha y se dirigieron á depositar sus votos con la mayor compostura; pero de pronto se vieron rodeados de una turba de paisanos y soldados, en número de 500, rabiosos y amenazantes.

A la cabeza de los agresores iba un jayán, muy nombrado por sus fuerzas herecúleas y su ánimo pendenciero, quien á todo trance quería acabar aquello á palos y á bofetones, como una zambra de la madrugada.

Y fué lo que ocurrió: apercibido Zelaya del conflicto, sube sobre la mesa en que se reciben los sufragios, y de un salto de acróbata, por encima de las bayonetas, cae sobre el membrudo guapetón, con

tal golpe, que lo deja atónito y confuso cual si le hubiese caído un aereolito.

Los demás se desconcertaron con la desventura del cíclope, y las elecciones no tuvieron lugar, lo que fué un relativo triunfo para los liberales.

Sin hacer cuenta de otras cualidades de Zelaya, esta pequeña odisea eleccionaria hirió la imaginación popular, pronta á dejarse subyugar por las manifestaciones de la fuerza que tengan un exterior simpático.

Estuvo delineado el futuro Caudillo desde este momento, y pronto se hizo sentir su influencia en sus copartidarios de toda la República.

Comenzó la lucha contra los conservadores, con el compás abierto hasta dejar espacio para la revolución armada, que era la mente de los patriotas y aun de algunos zánganos que no faltan en las obras de salud pública.

El Presidente Cárdenas (año de 1884) se alarmó con este flujo de vitalidad entre los liberales, é imposibilitado para defender su Administración por los medios pacíficos, recurrió al destierro en masa de los hombres de acción en las filas opuestas.

V

Zelaya se dirigió á Guatemala, en unión de los Baca, padre é hijo, José Dolores Gámez, Mariano Salazar, Rigoberto Cabezas, Fernando Sánchez, Pastor Valle, Enrique Guzmán y algunos otros.

Allá presidía el Gobierno el gran Reformador Justo Rufino Barrios:

Para las gentes espantadizas y mediocres, Barrios ha sido de la casta inícuca de los explotadores de los pueblos, sin otro propósito que el mal; porque atienden, en su simpleza ó su malicia, á las desgarraduras que hizo su mano extendida sobre los privilegios y no al espléndido renacimiento de que fué propulsor en Guatemala, envilecida por Carrera y los clérigos, y á su influjo saludable en la suerte de la América del Centro.

Barrios dejó su enseñanza como una ruta para los reformadores sucesivos, y el que transite por ella siempre hará uso de la violencia, en que se encarna á veces la justicia; y tendrá que remitir su obra al tiempo, porque los contemporáneos se aturden con los sollozos de los desposeidos, que toman las proporciones de una queja unánime.

De los procedimientos de Barrios hizo un acopio el futuro Presidente de Nicaragua, de que se ha servido más tarde, con las atenuaciones indispensables al momento en que gobierna y á la circunspección bondadosa de su carácter.

Fueron recibidos algunos de los proscritos en los consejos de Barrios, colaboraron en su política interna y le ayudaron á preparar los acontecimientos memorables de 1885.

VI

El 28 de Febrero de ese año dió el Presidente de Guatemala su Decreto de Unión Centro Americana y

asumió la Jefatura Suprema de los ejércitos de Centro América.

La lengua de fuego de Morazán prendía otra vez el incendio, y Barrios se consideraba capaz de realizar, por la fuerza de las armas, el más alto pensamiento de los fundadores de la República.

El General Luis Bográn, Presidente de Honduras, se puso de parte del Reformador; pero acordaron combatirlo unidos Zaldívar, Presidente del Salvador, Cárdenas, de Nicaragua, y Próspero Fernández, de Costa Rica.

Los asilados de Nicaragua se dividieron en aquella emergencia: los liberales apoyaron el Decreto por medio de un Manifiesto, y los otros se quedaron á la capa esperando el desarrollo de la política.

Fué sólo cuando les pareció que el triunfo de la Unión era indefectible, cuando Enrique Guzmán, que había llamado "salvaje" á Barrios, redactó una adhesión patética, en que decía, poco más ó menos, que con el Decreto de 28 de Febrero, "se firmaba la carta de manumisión de los nicaragüenses."

Hago hincapié en las veleidades de este escritor, que por otra parte son conocidas, porque él ha dado el escándalo, en la libérrima Nicaragua, de defender á Rafael Núñez y á la cuadrilla de malhechores que fundaron lo que se llama la *Regeneración* de Colombia.

Zelaya se trasladó á Honduras con sus compañeros, y situados en Choluteca, impidieron el avance de las fuerzas de Costa Rica y Nicaragua que venían en gran número.

Con la muerte de Barrios, el 2 de Abril de 1885,

en el campo de Chalchuapa, Honduras fué invadida por el Ejército del Salvador, por el lado del Guascarán; las tropas de Costa Rica y Nicaragua llegaron hasta San Bernardo, á cuatro leguas de Choluteca; y Bográn, debilitado y desconcertado, firmó el Pacto de Amacigüe, con que terminó la lucha.

Comprendían los liberales que ese descalabro sería el principio de una reacción tremenda, y Zelaya y otros se empeñaron porque continuara la guerra á todo trance; pero la gran figura yacente y ensangrentada de Barrios era un testimonio demasiado expresivo de que todo había terminado por entonces.

VII

Volvió Zelaya á Guatemala en donde Barillas, sucesor de Barrios, firmó la paz con todos los Estados de Centro América.

Por ese tiempo los emigrados salvadoreños en aquella capital se propusieron invadir el Salvador, para derrocar el Gobierno y poner en el mando al General Francisco Menéndez, campesino bonachón, de conciencia cristalina y liberal en el volumen de la sangre.

Asociado Zelaya á los revolucionarios, y con la mira de ir más lejos en la aventura, cooperó á que el Presidente de Guatemala les ayudara con algunos recursos, y en Mayo de 1885 invadieron el Salvador en són de guerra.

Libraronse muchos combates, á los cuales asistió Zelaya como uno de los Jefes, distinguiéndose

especialmente en el de Apaneca que dirigió él en persona y decidió en gran parte del éxito de la campaña.

El 22 de Junio entraron vencedores á San Salvador.

Consecuente con sus miras no dió vagar nuestro hombre á la guerra contra los conservadores, y como sus servicios eran muy estimados, él y otros liberales lograron que Meléndez favoreciera una invasión contra Cárdenas, que llegó, después de muchas vicisitudes, á Satoca en territorio de Nicaragua.

Allí organizaron un Gobierno provisional, que debía presidir Zelaya, el cual declinó el honor modestamente en otro ciudadano.

Perdiéronse tan diligentes esfuerzos, entre otras causas, porque el Presidente Bográn les volvió la espalda; y regresaron al Salvador, de donde Zelaya vino á Nicaragua por la amnistía que concedió Cárdenas en 1886.

No llegó á holgarse en la paz del hogar ni á descansar de tantas fatigas en las comodidades de la fortuna; vino á conspirar contra los conservadores con más decisión que antes.

En efecto, trasladó á Managua las armas que habían dejado ocultas en Satoca, y de acuerdo con sus amigos, esperó el momento oportuno para hacer uso de ellas contra el Gobierno; pero Cárdenas descubrió el plan y redujo á prisión á la mayor parte de los conspiradores, salvándose Zelaya, merced á su audacia y sangre fría.

A caballo, con un revólver en la mano, paseó por

las calles principales de Managua, atropelló á los que lo cercaban y fué á refugiarse en León.

Permaneció allí oculto mientras los sabuesos del Poder perdían el rastro; ganó luego el Océano y en un *cayuco* se trasladó al Salvador, después de recorrer muchas leguas por el Pacífico, en embarcación tan frágil que mete miedo á los mismos ribereños cuando el mar se *pica*.

VIII

Evaristo Carazo sucedió á Cárdenas en el Gobierno, y vinieron los proscritos.

Data de este período la investidura de Zelaya como Jefe del liberalismo con poderes expresos del partido.

Tuvieron en cuenta los liberales que una agrupación revolucionaria que no se somete á disciplina, queda de hecho á discreción de los enemigos, y que es preciso encomendar á una sola voluntad la obra de cohesión para entrar en campaña.

Estos Dictadores necesarios, que uno se da y se quita á su arbitrio, no tienen nada de común con los amos providenciales que disponen de nuestras acciones sin consultarnos previamente.

Los que retroceden ante la obediencia, en momentos de acción, con el sofisma de la independencia personal, ó están esclavizados por el egoísmo, ó no han tenido jamás amor á una causa.

Un revolucionario deveras no se pertenece á sí mismo sino después del triunfo.

En toda la República establecieron Clubs y estos nombraron Diputados á una gran Convención en Managua, la cual se reunió con lo más escogido del liberalismo. Zelaya fué aclamado Caudillo del partido liberal, en lugar de Francisco Baca, padre, quien reconoció, el primero, al nuevo Jefe *como al hombre de más prestigio en toda la República.*

Aquel anciano es de los sobrevivientes de otra época y una de las glorias más puras de Centro América.

La organización que se dió el liberalismo, debido al acierto de Zelaya y sus colaboradores, lo salvó del hundimiento más tarde, durante la Administración Sacasa.

IX

El Doctor Sacasa era uno de esos bienaventurados que no se dan cuenta de que representan un papel ridículo y peligroso, sino cuando la desgracia los llama á las realidades de la vida. De natural inofensivo, bondadoso y confiado, pero de pretensiones tan estrafalarias, que le hacían ver su personalidad en aumento, en aquellos mismos días en que su nombre rodaba entre la risa enojada de los pueblos, que presagia las borrascas.

¿Era liberal ó conservador? A ciencia cierta no lo sabía él mismo, pero se complacía en representar su papel y en creer que todos los ciudadanos vivían felices bajo su Administración.

Hasta allí la cosa era pueril ó bufa, pero disculpable; mas algunos amigos suyos lo llevaron á tales inconveniencias, que la situación se hizo insostenible; y los hombres de partido pensaron en aprovechar ese trastorno para ir á una política neta, porque allí los términos ambiguos no se concilian con el carácter vehemente de los bandos.

Además, en los detalles administrativos se hacían tales reparos que ellos bastaban para justificar la caída de un gobernante tan descuidado ó torpe.

La guerra llegó de improviso.

Los conservadores se pronunciaron en Granada, el 28 de Mayo de 1893, y Zelaya y los suyos partieron á reunírseles con el objeto de obrar en masa contra el desacreditado Gobierno de León, y después de la victoria deslindar los campamentos, como en efecto sucedió á los pocos días.

Con la llegada del Caudillo liberal se introdujo la confianza en las tropas granadinas, listas, según informes, para retirarse sin combatir á Chontales y San Juan del Norte. Zelaya puso orden y le dió al Ejército colecticio una animación belicosa de que carecía.

Por vía de amalgama establecieron un Triunvirato de que formó parte, pero no avenido con las ocupaciones sedentarias en tiempo de guerra, dejó su cargo para salir al encuentro de los enemigos que se aproximaban por la vía de Masaya.

En el sitio de la Barranca se libró la acción, con tal lucimiento por parte del Jefe, que los con-

servadores, que no tenían por qué serle adictos, lo vitorearon con el mayor entusiasmo.

A esta campaña le dió término el convenio de Sábanagrande, que suprimió á Sacasa, pero dejó á los partidos históricos mirándose frente á frente.

Ninguna atención requiere el Gobierno provisional de Machado.

X

Según la vieja táctica de los conservadores—que en todas partes es la misma—desarmaron á sus aliados para inutilizarlos, después de cometer demasías contra los leoneses, que originaron bien pronto las represalias.

El Caudillo liberal quedó colocado en un predicamento muy difícil: estando en servicio, no podía volver las armas contra sus aliados de la víspera, y liberal invariable, no le era posible permanecer al lado de los conservadores, que tenían excesiva preponderancia.

Mucho lucharon éstos por atraérselo, pero obtuvo su licencia y recobró la libertad de acción.

La paz duró pocos días.

El 11 de Julio de 1893 se pronunció el cuartel de León por Zelaya para Presidente de la República.

Por este hecho quedó en Managua como rehén de los conservadores, quienes tenían un interés muy grande en que no pasara al campo de los insurrectos; y por su lado los liberales perdían con la ausencia del Jefe, al abanderado, por no decir la bandera inmediata de la guerra.

No vaciló Zelaya en tal emergencia, y acompañado de algunos valientes, rompió por entre los enemigos, á fuego y sangre, y se juntó á los revolucionarios en Nagarote. Púsose en marcha hacia León en donde encauzó la revolución que parecía desmoralizarse; organizó la Junta de Gobierno de que él era Presidente; asumió la Comandancia General de la República, todo con rapidez y acierto, y marchó á la cabeza de sus tropas en dirección á Managua.

La lucha fué obstinada y ruda, pero vencedores los liberales, á órdenes de Zelaya, en Matiare y La Cuesta, entraron á Managua el 25 de Julio.

Perseguidos los conservadores del lado de Granada, enviaron Comisionados á proponer la paz, que fué aceptada.

XI

De súbito, pues, apareció un verdadero partido radical en Centro América, dispuesto á mantener sus ideas con la propaganda y con las armas.

Los vecinos incrédulos, que asignaron el triunfo á un capricho pasajero de la fortuna, le concedían pocas horas de vida al párvulo, pues era para ellos axiomática la superioridad de los conservadores en todo sentido: ¡y cual fué su sorpresa cuando vieron á los radicales tan dueños del terreno como si jamás hubiera estado en otras manos!

Y no era porque escasearan inconvenientes, que los había de sobra, sino porque los vencedores llegaron con un plan preconcebido que sometieron sin

reservas al país, resueltos á perderse antes que ceder á la reacción una partícula de los principios.

No le dieron más importancia á los vencidos que la precisa para mantenerlos á raya, ni se preocuparon con el imperio de las malas costumbres, sino para formar nuevos hábitos.

Eran revolucionarios sin miedo, que sabían, además, que al pueblo se le modela cuando la mano del Reformador tiene callos adquiridos en el manejo de la espada.

A los que se creía ateridos ó muertos bajo el grani-
zo de cuarenta años de servidumbre, aparecían vigo-
rosos y lozanos, henchidos de una juventud inagota-
ble, y á la lista burlesca respondía una legión de pen-
sadores, de guerreros, y de fundadores.

Con la preparación de la desgracia, el carácter
estaba retemplado como en una fragua; con las vigi-
lias de la proscripción, los cerebros se habían en-
grandecido; con el peligro constante, los ánimos ad-
quirieron mayor entereza, y las virtudes que enalte-
cen á los ciudadanos, resplandecieron en el corazón
de los radicales como lámparas sagradas.

El trabajo de reconstrucción era árduo, pero dió
la ventura de encontrar una aptitud para cada faena;
y despuntó sobre la tierra de los Lagos un amanecer
precioso con la falange nueva que tuvo á la cabeza á
José Madriz y á Manuel Coronel Matus.

Cabizbajos los conservadores de Centro América
comprendieron el peligro de aquella formidable ebu-
llición de ideas, y en liga tenebrosa se prepararon pa-
ra apagar la luz vigilante que brillaba como en una
selva oscura.

En Costa Rica el clericalismo con Rodríguez; en Honduras la carnicería de hombres con Vázquez; en el Salvador la soldadesca y el robo con Ezeta; y en Guatemala la gélida indiferencia, la contemplación de sí misma con Barrios : Tinieblas!

Los zapadores se pusieron á la obra.

Zelaya ejerció el Gobierno provisorio mientras se reunió la Convención que lo eligió Presidente Constitucional por cuatro años.

XII

La Carta que se dió Nicaragua fué una remembranza fiel de la Constitución de Rionegro que el vil Núñez juró defender y rasgó en 1885 con sus manos de gavilán listas para coger el hisopo.

Aquel Código, que era el resumen del derecho individual victorioso sobre la tradición autoritaria, viajó por América como un heraldo de nuestras conquistas democráticas y nuncio de días de gloria para la República.

La revolución de 1860 en Colombia, no quiso que las Instituciones reflejaran el atraso del pueblo, sino que los rezagados se acomodaran á las revelaciones del progreso; y ese fué el honor y la desdicha de nuestro inmortal Decálogo.

Se ha dicho que era un ensueño, una fantasía revolucionaria, pero no podrá comparársele á la actual pesadilla de los tiranos que fatiga nuestro reposo; se ha repetido que consagraba la anarquía, pero vale más el desorden que la férula de los sacristanes en-

diosados sobre las ruinas de las libertades públicas; se ha propalado que favorecía la guerra civil, pero cuando la guerra no ha sido posible asistimos á los funerales del Derecho, y se ha escrito que estaba muy arriba y el pueblo muy abajo, como si en la ascensión indefinida no se fincaran el esplendor y el orgullo de las Naciones!

Los vicios de los hombres se achacaron á las Leyes: lo que era fruto de la educación católica y de la malicia reaccionaria se hizo derivar de Rionegro. ¡Y ha satisfecho esta argucia á algunos liberales después de la derrota! ¡Y ya se sostiene en la prensa que debemos aceptar la vida con las mutilaciones que le ha impuesto el despotismo!

Por qué? Porque no estamos en la mayor edad; porque nuestro pueblo es atrasado; porque á las naciones de Europa no se les ha ocurrido regirse tan liberalmente

Y qué! ¿Acaso se necesita la jubilación para gozar de todos los dones de la existencia? ¿Por ventura se dictan las Constituciones al amaño de los ignorantes? ¿No nos adelantamos con la proclamación de la República, por ejemplo, á las naciones del Viejo Mundo?

Si hubiera sido un ensayo de propósitos turbulentos, tampoco estaría por demás, porque hay en nuestra sociedad mucho que reclama la piqueta, por más que al golpe lo acompañen el estupor y el grito de los desahuciados por la justicia; y aunque no creo en la virginidad de los pueblos por donde ha pasado una vez el Catolicismo, si fuera cierto que estuviéran-

mos en agraz, sería hora de ensayar todo lo que llama peligroso la estulticia europea, pues escogeríamos, con conocimiento de causa, lo que nos fuera útil para seguir adelante.

Cuando se inveteren las malas costumbres, será difícil el andar, porque tendremos las energías morales entumecidas como las coyunturas de los viejos.

No hubo tal plebiscito contra la Constitución de Rionegro, de que se apartan hoy algunos sociólogos errátiles del liberalismo: lo que la mató fué la traición de Rafael Núñez y la de los farsantes que siguieron á ese pícaro por las enrucijadas de Pentápolis.

Ella queda en vigencia, como un mandamiento de honor, para todos aquellos que no se complacen en poner epitafios irónicos á los muertos para solaz de los tiranos.

A la Constitución del 8 de Mayo de 1863 sólo le faltó una armadura de hierro.

XIII

Entre los miembros de la Constituyente de Nicaragua se hacía notar un joven abogado de Honduras por sus ideas radicales netas, la claridad de su juicio, la cultura de su inteligencia, el arreglo de su persona y el prestigio que unía á su nombre.

Contábase de él que era un luchador esforzado, que había puesto de parte de la redención de su Patria, su fortuna y su vida, jugada ésta muchas veces en los campos de batalla. Los liberales de Nicaragua

y de Honduras designaron á Policarpo Bonilla como el Jefe de una próxima revolución contra Domingo Vázquez.

Era este malvado lo más cruel que ha producido la América del Centro, no tanto por la multitud de sus crímenes, como por la deliberación y sangre fría con que se entregó á los delitos.

Hizo estudios incompletos, adquirió fortuna dolosa y viajó como entretenido por los Estados Unidos del Norte.

Mitad bachiller, mitad soldado, supo valerse de ardides de aventurero y atrapó por azar la Presidencia de Honduras, y desde entonces esas montañas fueron como la caverna de una bestia salvaje.

Bajo la toga tenía el mandil del carnicero, y en su Jurisprudencia criolla había olvidado la responsabilidad de los crímenes.

Sometió á sistema el mal para usufructuarlo, como un salteador que tira sus cálculos; y, aislado del comercio de los vivos, puede decirse que reinaba en el confín de los muertos.

En sus correrías de tigre famélico chocó más de una vez con Nicaragua, la que no se distrajo mucho tiempo en devolverle el golpe. Concertada la expedición de Bonilla, el Gobierno de Zelaya hizo pacto con los invasores y mandó sus ejércitos á precipitar la caída del Dictador de Honduras.

En esta campaña, que principió en Diciembre de 1893 y terminó á comienzos de 1894, fué testigo de las grandes dotes de organizador que tiene Ze-

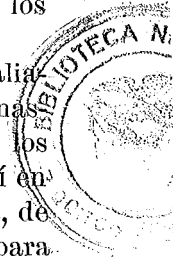
laya, ya sea por su propia inspiración, ya por el consejo de los amigos que están á su lado.

Vázquez obró de concierto con los conservadores de Nicaragua y los asilados de ese país en otros lugares; las guerras pasadas habían dejado exhausto el Tesoro; el Clero naturalmente favorecía la causa del antropófago; algunos Gobiernos tenían media espada fuera de la vaina contra los radicales; y, sin embargo, el de Managua pudo impedir la guerra interior, desbaratar los planes de los emigrados, crear recursos suficientes, escarmentar al Clero, y mantener á una distancia prudente á los gobernantes poco escrupulosos.

Después de muchos combates tomaron los aliados á Tegucigalpa, al mando del General Anastasio Ortíz, de donde logró escapar Vázquez con los despojos de su insaciable codicia. Más tarde lo ví en San José de Costa Rica, admirado, por mi parte, de que no se abrieran las puertas del presidio para tan odioso huésped.

XIV

El triunfo de los radicales en Honduras, con la circunstancia de deberlo especialmente al Gobierno de Nicaragua, dió á comprender que Zelaya y sus amigos no se iban á cruzar de brazos, sin preocuparse del porvenir de Centro América; y sospecharon, pueblos y Gobiernos, que la victoria sobre Vázquez era disolvente para el cacicazgo Centro Americano, herido en uno de sus baluartes más temibles.



La caída de Ezeta y el Pacto de Amapala demostraron que las suposiciones se convertían en hechos perentorios.

No crea tantos inconvenientes la lucha armada como el restablecimiento de la normalidad, allí donde ésta no significa imposición brutal.

Todo el mundo cree que sus servicios son indispensables y que no marcha bien la máquina del Estado si se prescinde de sus consejos, de donde resulta que todos quieren formar en el Gobierno.

Por otra parte, los conservadores vencidos se acogen á los programas liberales para hacer la oposición, y arguyen con los razonamientos de los enemigos . . . que entonces sí los encuentran magníficos.

Surgen, pues, los dos gravísimos problemas, de disciplina íntima y de defensa del partido; y si se atiende al excedente militar que dejan las guerras consecutivas, y á que el modesto Tesoro de Nicaragua no podía ser inagotable, se comprende la habilidad de Zelaya para salir de semejante embrollo, sin malquistarse con los suyos, ni dejar que los conservadores se repusieran de la derrota á expensas de una tolerancia absurda.

El Presidente se ingenió la manera de neutralizar las querellas entre los partidarios, muy frecuentes entonces, alejando su autoridad de las cuestiones meramente personales, y distribuyendo los puestos públicos en relación con los méritos, sin fijarse en los antagonismos de la calle. Ignoro si al fin modificó tan excelente política.

En este trabajo somero no puedo relatar minu-

ciosamente los beneficios de la Administración de Zelaya, pero ellos son, en síntesis:

Mantenimiento de la paz hasta 1895; reincorporación de la Mosquitia; arreglo de la Deuda Inglesa; cancelación de créditos con los acreedores de Europa; trabajos del ferrocarril de Rama; gestiones importantes sobre el Canal de Nicaragua en la Legación de Washington; organización de las Rentas; fomento de la Enseñanza sobre bases científicas; domesticidad del Clero; apoyo eficaz á la Agricultura etc.; y, sobre todo, el Pacto de Amapala, que creó la República Mayor de Centro América, y el arreglo de límites con Costa Rica, que apartó del debate ese ingrato litigio y aseguró la paz entre las dos Repúblicas.

A propósito no enumero en esta série el reconocimiento de la beligerancia de los revolucionarios del Ecuador, para preguntar: ¿por qué no se ha reconocido la beligerancia de los cubanos?

XV

Todos en Nicaragua son amigos de la Independencia de Cuba, mas se conforman, como en el resto de la América Latina, con saludar á los patriotas por señas, con la lengua muerta en la boca, cuando es el caso de pronunciarse categóricamente.

Nada gana el Ejército de Máximo Gómez con nuestra adhesión privada, y perdemos con la abstinencia el derecho á que nos asistan los hermanos el día en que una Nación conquistadora quiera desbaliarnos por la razón del más fuerte.

La grandeza de un pueblo no consiste en el número de sus habitantes sino en el caudal de sus ideas, y es baladí el argumento de que una Nación pequeña no deba tomar ninguna clase de iniciativas.

Así como los centros nerviosos valen en el cuerpo por su composición más ó menos delicada y no por el peso bruto, las ideas no tienen por qué estar en proporción con las muchedumbres y les basta su valor intrínseco para derramarse por el mundo.

Los países pequeños han sido el resorte de grandes acontecimientos, como lo enseña la Grecia antigua; ó son la campana de alarma, tratándose de la libertad, como la República Helvética.

¡Cuán bello sería que Nicaragua tomara la descubierta en asunto que tiene tan medrosos á los pueblos hispano-americanos!

Puede hacerlo sin que le apareje daño, porque España apenas alcanza á estender sus brazos en cruz, como una agonizante, entre Filipinas y Cuba; ni sería ella sola, porque el egoísmo de América cesaría desde el momento en que el peninsular hollara nuestro Continente.

Y si acaso cayera por tan hermosa causa, subsistiría su gloria, y en sus cicatrices vendrían á tomar aliento los que combaten por el Derecho humano.

He ahí una empresa digna de Zelaya.

XVI

Un día de Enero de 1895 la ciudad de León amaneció de fiesta cívica, sin que muchos extranjeros supiesen la efeméride que movía á los vecinos á tan singular contento.

Las tropas se desplegan á lo largo de las calles, formando avenidas; las casas se adornan con banderas, cortinas y ramos de flores; las bandas de música tocan piezas alegres y el cañón retumba como en las festividades solemnes de la Patria.

Era que el día antes había llegado de Managua una Comisión, compuesta de los Diputados José Madrid, Francisco Baca, hijo, Agustín Duarte y Fernando Sánchez, portadores de un Mensaje para el General Eloy Alfaro, quien debía recibirlo en esa mañana.

La morada del proscrito se llenó de ciudadanos de los distintos gremios, asociados de todo corazón al honor que él recibía.

Los Comisionados pusieron en sus manos un Decreto concebido así:

“LA ASAMBLEA NACIONAL LEGISLATIVA**DECRETA:**

«Unico.—En atención á los altos merecimientos «personales del Sr. don Eloy Alfaro y á los grandes servicios prestados por él á la causa de la De-

«mocracia en la América Latina, se le confiere el «grado de General de División del Ejército de la «República.

«Dado en el Salón de Sesiones de la Asamblea «Nacional Legislativa.

«Managua, 12 de Enero de 1895.

«José Madriz, Vicepresidente.—Agustín Duarte, Secretario.—Gustavo Guzmán, Secretario.

«Por tanto: Ejecútese.

«Palacio Nacional, Managua, 12 de Enero de «1895.

J. S. ZELAYA.

«El Ministro General.

F. Baca, h.»

El grado de General de División es el más alto en la gerarquía militar de Nicaragua.

En ese acto se cambiaron discursos patrióticos, que dieron tema á los oradores para referir las hazañas del Caudillo radical, su obra pujante en la América Latina, sus servicios especiales al liberalismo de Centro América, y para saludar, con fé que jamás desmayó en aquel pueblo, la victoria próxima de los vencidos del Ecuador.

La bandera blanca y azul de la Nación estuvo en la casa de Alfaro; oficialmente, como si fuera en el Palacio del Presidente de la República.

Al mismo tiempo que en León, en otras ciudades celebraron el acontecimiento con igual júbilo: en las calles de la Capital hubo discursos, vítores, romerías populares, con tal sinceridad de entusiasmo que parecía que los ciudadanos estuviesen listos para entrar en pelea, á órdenes del General Alfaro.

XVII

De estas cosas relativamente lejanas puedo hablar sin que lo tomen á mala parte los que aquí piensan que los extranjeros deben llevar la cabeza en las manos y no sobre los hombros, y que las ideas están adjudicadas al terruño como los árboles de un huerto; ni yo me dirijo á los liberales que están amarrados al cabestro de su parroquia, sino á los que dejan volar el pensamiento libre por la redondez de la tierra.

Alfaro fué considerado donde estuvo, fuera de su país, como un Jefe, y no se le pidió la fé de bautismo para rendirle el homenaje que se debe al honor, al valor, á la lealtad y al sacrificio.

Escucháronse sus consejos con interés; consultáronse con él las dificultades del partido liberal; se le hizo árbitro en sus diferencias; guardó los secretos de la política; coadyuvó á generalizar las mejores ideas; mantuvo la correspondencia de fraternidad entre los copartidarios de distintos pueblos; y su nombre queda unido, en donde quiera, á la iniciación ó realización de una buena obra.

Por las simpatías á Alfaro, llegó á ser su Causa tan interesante en Nicaragua como un negocio interno; y, en cambio, aquel miró los asuntos del liberalismo allá con la solicitud del que interviene en los quehaceres de su propia familia.

En la guerra de Honduras no esquivó las responsabilidades, y de haber sido un revés en lugar de una victoria, Vázquez lo habría sacrificado, por el contingente moral que puso Alfaro en la fortuna de sus amigos.

El día en que los ingleses desembarcaron en Corinto para robarse unas cuantas libras esterlinas, con uno de tantos expedientes como tienen los piratas de alto bordo, Alfaro, que alistaba una expedición contra los *terroristas* de aquí, se vino de su campamento en las playas de Amapala, á ponerse á las órdenes del Gobierno de Nicaragua para repeler á los émulos del filibustero Walker; pero no lució la nueva espada que le había ceñido la Constituyente, porque resolvieron tirarle el bocado á Inglaterra, más bien que arrojarle proyectiles, contra la opinión de Zelaya, si no estoy equivocado.

Los liberales egoistas, á que me referí antes, repudiarán este proceder de Alfaro, *fuera de su tierra*; pero ellos no constituyen, por fortuna, el gran público americano, que ya le ha discernido al luchador cosmopolita gajos de laurel cortados del mismo árbol que sombrea la tumba de Garibaldi.

Los que limitan la actividad del hombre con argumentos geográficos, se contentan para su gloria

con el aplauso de las comadres y un responso del Cura de su pueblo.

Desgraciada perspectiva por cierto!

XVIII

Las ciudades de Granada y León se profesan odio mortal desde la Colonia, tan invencible que se sobrepone al tiempo, á los cambios de la política y á la educación que pule y dulcifica por extremo las costumbres. La una está al Oriente y la otra al Occidente de la República: al redor de ellas gira casi toda la historia de las luchas civiles de Nicaragua.

Hombres del más seguro criterio se ofuscan al tratarse de los gentilicios, y si uno oye hablar á un granadino contra León, ó viceversa, cree que la porfía es entre pueblos distantes, que se han jurado enemiga eterna como Roma y Cartago.

Tiéndose á la una por aristocrática y á la otra por democrática, cuando la verdad es que no hay razón alguna especial para la enumeración de castas; repútase á León libérrima y á Granada esencialmente conservadora, cuando en el fondo de muchas ideas promiscuan las dos poblaciones; y se pintan los habitantes, recíprocamente, con los colores más negros, siendo cierto que en ambas localidades sobresalen las virtudes privadas que son comunes á los nicaragüenses.

En vano se organizó el Gobierno en Managua, ciudad equidistante de las dos rivales, para evitar el histórico conflicto, porque con cualquier pretexto ya se están yendo á las manos, granadinos y leoneses, con una ira que no corresponde ni aun á la necesidad de la venganza.

Sin duda que León tiene el cetro del liberalismo militante y que en Granada predominan los conservadores, llamados *cachurecos*; pero la inquina es con y á pesar de la política.

Si hubieran sacrificado, la una y la otra, algo de su amor propio, la mayoría del pueblo granadino habría abandonado á los gamonales que la supeditan, para entrar, poco á poco, en el torrente de la Revolución de Julio; pero se conservaron invariables, y así las encontró la última rebelión contra el Gobierno de Zelaya, que tuvo origen en Occidente el 24 de Febrero de 1896.

¡Guerra dolorosa en el seno del partido radical, fraccionado por querellas personalísimas, á las cuales se les buscó una explicación más alta que sirviera para encender los corazones y tocar arrebató!

¡Sobre si Zelaya permanecía ó nó en el Poder, se rompieron las hostilidades, para degollarse entre sí hombres cuerdos, de ideas semejantes en política, cuya disparidad consistía en detalles pueriles que no valían una gota de sangre!

Y puestos en el disparador, combatieron los radicales con heroicidad estupenda, como si se tratara otra vez de librar el territorio de los bucaneros ó de

rescatar los principios tutelares de mano de los *cachurecos*.

Zelaya bregó mucho por evitar el escándalo de esta lucha entre hermanos, pero la pasión es estopa en el fuego, y sus proposiciones fueron rechazadas en hora de locura por sus antiguos partícipes de triunfo.

Los conservadores de Granada se deslizaron al campamento de Managua; se alzó el espectro del rencor histórico; juraron el Oriente y el Occidente morir sobre sus escudos, y ya no cupo otro remedio que tirar de la espada en ese vértigo insensato del radicalismo.

Triunfó el Gobierno en Nagarote, el Obraje y la Paz, combates sangrientos en que Zelaya intervino personalmente ó por medio de órdenes comunicadas por teléfono á sus subordinados. Con la toma de León, Chinandega y Corinto quedó pacificada la República.

A los aliados oficiosos se les hizo comprender que no había campo para ellos en los consejos de la Administración política, y á los vencidos se les facilitó la vuelta á la patria por Decreto de 1º de Febrero de 1897.

XIX

No es Zelaya el hombre que se apegue al Poder como si eso fuera el fin de una política, porque su desprendimiento natural lo aparta de cuanto trasciende á especulación privada con los señuelos de

la popularidad ó de la fuerza; pero no comprendo por qué los radicales genuinos vayan á perder las conquistas, que les asegura la permanencia de su Jefe en el Gobierno, con cambios intempestivos, provechosos solamente para los conservadores.

No se quiere decir que falte personal muy meritorio en las filas; pero sí que el reemplazo es extemporáneo, porque los aspirantes á la Presidencia, que son varios, dividirían la opinión del partido, lo que equivale á perderlo delante de un enemigo que es fuerte.

La reforma de la Constitución, que prorroga el período de Zelaya por cuatro años más, es, en ese concepto, muy prudente; y no hay golpes de Estado cuando es el pueblo mismo el que le da mayor duración á un mandato.

De temerse sería lo que acontece en Colombia, por ejemplo: que un monarquista, que ha roto las tradiciones republicanas en seis años de Gobierno, quiera ahora perpetuarse en el sόlio, porque se acomoda su real persona con el ejercicio de la autoridad absoluta é irresponsable; sin que los ciudadanos tengan el derecho de elegir, porque esa es otra prerrogativa del reyezuelo chibcha.

No así en Nicaragua.

El prurito de condenar á los hombres por lo que no han hecho, con olvido de antecedentes que sí sirven para juzgar de lo que son capaces, es una injusticia que cometen á menudo los liberales y que produce el desmayo en los buenos servidores y el desencanto en las masas de suyo nerviosas y suspicaces.

Los que conocen á Zelaya, ¿se atreverían á dudar de su lealtad? Muchos de los que lo combatieron eran sus confidentes el día antes, y aun empleados del Gobierno, ¿cómo, pues, se explica que lo atacaran por actos de que ellos fueron tan responsables como el mismo Presidente? Y si su conducta no merecía reproche, y era otro el motivo, ¿á qué deslustrar las armas que la Revolución de Julio juntó en un solo haz bajo el ala de la victoria?

Perom llevaría demasiado lejos este asunto, y sería una mortificación para mí, que radicales á quienes áprecio, se juzgaran ofendidos por mis palabras, que sólo significan el deseo más vehemente por la unión inquebrantable entre los miembros de una misma causa.

XX

¡Eso tiene Nicaragua, que uno la ama tanto, cuando una vez descansó de las fatigas del camino en sus playas de dulce hospitalidad, que la sigue el corazón con el imán del cariño y la evoca el pensamiento, bulliciosa y feliz, como en los días en que surgió triunfante y enamorada del almo sol de Julio!

¿No ha de ser doloroso contemplar á los radicales divididos, ellos que son la esperanza de la Patria y echan de nuevo los fundamentos de la Unión Centro Americana?

Con el establecimiento de la República Mayor de Centro América se allana el camino para la gran Confederación, pues Costa Rica y Guatemala necesitan del alar de los hermanos para vivir tranquilamente, al abrigo de conflictos internacionales y de sacudimientos internos que interrumpen la prosperidad de que felizmente gozan. Si no los Gobiernos, los pueblos completarán la Unión.

Los siguientes datos son fidedignos:

NICARAGUA

Años	Población	Rentas Públicas	Comercio
1840 . . .	350,000	Sl. 200,000	Sl. 1.211,000
1851 . . .	350,000	" 215,000	" 1.216,000
1875 . . .	375,000	" 1.020,000	" 2.500,000
1880 . . .	375,000	" 1.700,000	" 2.700,000

HONDURAS

1840 . . .	300,000	Sl. 200,000	Sl. 1.050,000
1851 . . .	358,000	" 360,000	" 1.600,000
1875 . . .	380,000	" 400,000	" 2.300,000
1880 . . .	400,000	" 1.200,000	" 2.600,000
1895 . . .	431,000	" 2.500,000	" 5.000,000

EL SALVADOR

1840 . . .	350,000	Sl. 300,000	Sl. 1.000,000
1851 . . .	400,000	" 320,000	" 3.120,000

Años	Población	Rentas Públicas	Comercio
1861 ...	438,000	" 560,000	" 4.000,000
1878 ...	482,000	" 2.800,000	" 6.500,000
1895 ...	512,000	" 3.400,000	" 8.900,000

Faltan los guarismos de 1896 y lo que llevamos de 1897, pero ya se ve la palanca de que disponen los patriotas para la realización de su propósito.

Ahondando la división del partido, se malogran los esfuerzos; y sería contraproducentem levantar un Alcázar para que la reacción hiciera de él un Castillo feudal en donde los conservadores y los clérigos embrutecieran, explotaran y degollaran á los pueblos.

XXI

Es indispensable restablecer la lucha, con todas nuestras fuerzas, contra la reacción que se empeña en librar una batalla decisiva en la América Latina, antes de que finalice el siglo.

La milicia negra gana en extensión y profundidad lo que perdemos los radicales con nuestras querellas domésticas. Ella hiere por el talón descubierto, como lo hizo en Colombia, y ya se sabe cuán inexorable es si triunfa.

Con lo que ha dado [en llamarse *equilibrio*, *tolerancia* y *política*, no se va lejos: si no es á remolque, no se desprenden los pueblos de la barbarie, acostumbrados por el Catolicismo á vivir en ella; y son los partidos radicales (mientras no se acentúen otros de mayor pujanza) los que tienen la misión de facilitar el tránsito de las multitudes á la vida racional, meramente humana, para que sean felices. Esta obra de sabiduría, de audacia y valor es irrealizable, si la discordia tuerece ó distrae el esfuerzo de los combatientes. ¿No veis que el enemigo se multiplica y va al asalto provisto de todas las armas?

Somos, en frente de nuestros adversarios, como dos conquistadores irreconciliables que se encuentran en la garganta de un desfiladero, en donde por fuerza ha de pasar el uno sobre el cadáver del otro para llegar á su destino. Mientras la naturaleza de las cosas no cambie —y apenas si hay algún celaje en el horizonte— nos manda nuestra propia conservación cerrar las filas y arrojarnos sin miedo en la arena de ese duelo á muerte, para vivir al fin ó morir como hombres libres!

La transacción con las ideas mancha y mata á los partidos; porque cuando se acepta una parte del mal, en cualquier forma, no se fortalece la conducta, sino que se derrumba, por el flanco abierto, lo que de ella quede immaculado. Y aun queriéndolo, no es posible el acuerdo, por la obvia razón de que los reaccionarios no lo quieren. Ir más lejos, es entregarnos atados y deshonrados al sacrificio.

¡Y en manos de qué gentes!

El ingenio maligno de los Jesuitas jamás ha hecho excursión más peligrosa por la América que en esta época. En los países donde los conservadores gobiernan, ellos mandan; donde están caídos, los de Loyola mantienen el *casus belli* con un Poder aparte, real y efectivo contra los Gobernantes liberales; dondequiera conspiran contra la República.

A este fin les sirven las mujeres, conquistadas en el confesonario para malear á los hombres; y edifican en la juventud que incautamente se les entrega en los Colegios, bien á ellos en persona, ó á sus agentes, ó á la influencia de sus libros.

No es un misterio que la teocracia, de vida precaria y afanosa en la Europa analítica, se refugia en estas tierras preparadas por España para todos los absolutismos.

Los Jesuitas son la vanguardia.

XXII

La solidaridad de los partidos liberales, es la defensa suprema; mas si no se puede establecer tan pronto como lo requiere el peligro, toca á los hombres prestigiosos mantener vivas las fuerzas de que disponen.

Eso puede hacer, y eso hará, J. Santos Zelaya.

Es un libre pensador que siente el aguijón de la propaganda; un revolucionario que se dirige con firmeza al porvenir; un guerrero que acepta la san-

gre como elemento de renovación social, y un hombre de Estado ámplio, que no encierra las ideas en el círculo de los intereses lugareños.

Y cuenta con un pueblo viril, inteligente y noble, que prospera en una de las porciones más bellas del Nuevo Mundo.

Juan de D. Uribe.

Quito, 2 de Junio de 1897.



EDITOR.—JOSÉ FRANCISCO GÓMEZ.